

Siempre se le veía caminar muy de mañana junto a Augusto Germán Orihuela, Rubén Darío González, César Quintana y Rafael Angel Rodríguez conversando plácidamente.

El grupo era conocido en el Parque del Este como "el Ateneo que camina". A veces se incorporaba Manuel Caballero con disfraz deportivo. En la tarde, en mi casa, Salvador comentaba que mientras el Ateneo caminaba a su propio ritmo, Caballero seguía contando los mismos malos chistes de siempre pero... ¡acezando!

Yo los veía venir y aceleraba mi 'sprint': "¡Esos intelectuales!", saludaba, y me empleaba realmente a fondo como un verdadero atleta. Al perderlos de vista, volvía a mi elegante trotecillo septuagenario. Salvador me confesó que en el "Ateneo que camina" se decía, con envidia, que yo me estaba entrenando para el marathón de Nueva York.

Cuando me percaté de que aquella era una hora ciertamente geriátrica me cambié para la tarde. Dolido, Salvador desertó una mañana del Parque del Este. "¡Tanto que me gustaba!", dijo. Pero las piernas ya no tenían la misma fuerza de antes.

Supe en ese momento que la diabetes iniciaba su asalto final.

No me es fácil hablar o escribir sobre Salvador Garmendia. El fue mi mejor amigo durante más de cincuenta años. No lo hice estando él vivo y me cuesta mucho más hacerlo ahora. Otros navegarán con mayor pericia por los océanos de su formidable obra literaria, por los ríos caudalosos de su escritura. La visión urbana del desamparo humano de "Los habitantes"; el tiempo fragmentado y los desdoblamientos de alma de "Doble fondo"; los asomos fantásticos que bullen y se remueven en "Difuntos y volátiles"; sus cuentos para niños en los que, entre otros asuntos, es cosa de entender la psicología de los gatos como auténticos dueños de la casa y luego, el resplandor de la infancia que vimos arder en "Memorias de Altagracia".

Este trabajo lo harán otros. Estudiosos del hecho literario y del asombro creador; expertos en calificaciones, prácticos en los análisis estructurales y semiológicos y dispuestos a lanzarse sobre los libros para escudriñarlos, diseccionarlos e intervenirlos casi quirúrgicamente. Prefiero recordar más bien la sabia humildad del hombre que mantenía a raya a su propia gloria, confinándola a un discreto segundo plano.

La vez que Mario Vargas Llosa vino a Caracas a recibir el Premio Rómulo Gallegos preguntó por Salvador. Le dijimos que vivía en Mérida, en los Andes venezolanos.

"¡Cosa notable!", observó Vargas Llosa. "Tuvo que irse a la provincia para hacerse universal!" porque, en efecto, en Mérida escribió mucho y fue consolidando el cuerpo de una obra narrativa que habría de valerle renombre internacional.

Pero permanecía, sin embargo, alejado de aplausos, lisonjas y honores y despreciaba la vanidad. Secretamente, se encendían dentro de él las iluminaciones no menos humildes de Lisandro Alvarado, su coterráneo.

Creo haber mencionado alguna vez cómo evidencié este rechazo y la constatación de tanta humildad. Yo había comprado una nueva edición del Larousse y observé que en ella aparecía una referencia a "Garmendia, Salvador, escritor venezolano, nacido en 1928", y los títulos de algunas de sus obras. Con sincero entusiasmo le mostré el diccionario diciéndole, emocionado: "¡Apareces en el Larousse!"

Sin dar ninguna importancia a mi alegría me miró: "También está la palabra mierda", dijo.

Con los pies bien afirmados sobre la tierra, Salvador Garmendia resultó ser uno de los intelectuales más sólidos que haya conocido el país venezolano en buena parte del siglo XX: sabio, dueño de una impresionante cultura; un hombre cuya fortaleza humanística ofrecía una respiración

que estremecía y deslumbraba con sólo rozarla, con sólo acercarse uno a ella porque detrás se removía incesantemente una mente alerta, viva, activa; conocedora de todos los ardides de la escritura, de todos los laberintos del lenguaje por los que se desplazaba sin devolverse, sin tropezar o extraviarse armado como estaba de una brújula de la que sólo él conocía los mecanismos de su relojería y sus procedimientos de uso. Pero no se trata sólo de su obra literaria. Están también los libretos de las radionovelas que escribió y luego los de las telenovelas. Los guiones de los documentales y de los largometrajes de ficción que produjo para el cine nacional. El guión original de "La gata borracha", la película de Román Chalbaud, es a mi juicio, uno de los mejores: sus personajes se desplazan por una cuerda floja suspendida sobre el más miserable de los melodramas del cine mexicano pero también sobre el exquisito jardín de una película de arte.

En sus tiempos heroicos en la radio, Salvador escribía directamente sobre el 'stencil' las rocambolescas situaciones y los disparados diálogos que daban vida y corporeidad a unos personajes que sólo eran fantasmas herzianos, meras realidades sonoras. Escribía a alta velocidad. Sacaba un 'stencil' de la máquina de escribir, ponía otro y otro y despachaba varios capítulos en una mañana.

Así levantó una primera familia. Terminada la jornada en la noria, respiraba hondo; colocaba entonces la hoja en blanco y escribía "Los habitantes".

Debía mantenerse, sin embargo, en alerta constante para evitar que tanto en el 'stencil' como en la cuartilla se interpolase o interfiriese un lenguaje en el otro.

Era la personificación criolla de Jeckyl y Mr. Hyde. Mientras escribía el capítulo de una de aquellas radionovelas lo sentí tan abrumado que le pregunté si podía ayudarlo en algo. "No puedes", me dijo. "¡Escribir mal es muy difícil!"



FOTO: CORTESÍA DIARIO EL GLOBO

De allí que no sintiera nunca miedo a la página en blanco o a la pantalla de la computadora. Sostenía que el escritor debía encontrar en ellas la incitación a escribir, a llenar ese espacio, poblarlo de seres y personajes; invadirlo, colmarlo de palabras y sonoridades y tratar de encontrarse uno a sí mismo en aquella página blanca o en esta pantalla de la computadora y descubrir en la palabra escrita su última y más secreta resonancia, ese silencio misterioso y particular que, al igual que el de la muerte, es capaz de convertirse en una música gloriosa.

Me enseñó a escribir frente a una pared desnuda, sin libros alrededor. Sentía que pesaban mucho, que ellos arrastraban el peso de la cultura y la tentación de consultarlos en cada atolladero, cada vez que se requiere de la cita oportuna, del redondeo de una idea; la manera de resolver una determinada situación novelesca.

Evitarlos en el instante de escribir, comporta, en cierto modo, la obligación de asumirse cabalmente como escritor.

Insistía también en la conveniencia de suspender el trabajo; hacer una pausa y regresar desde la ficción literaria para no extraviarse y quedar perdido en ella, para siempre, sin posibilidad alguna de regreso. Sostenía

que resultaba prudente levantarse del sitio de trabajo y acercarse a la cocina de la casa y destapar las ollas, tocar los trastos y constatar que están allí, que siguen allí; que pudimos devolvemos esta vez de la ficción, incólumes, para poder retornar luego a ella con más brío y frenesí. Así avanzó Salvador Garmendia por la vida del país, enalteciéndolo en la medida en que se enaltecía él mismo al recorrer los caminos de su propia vida. Trazó el arco desde Barquisimeto donde nació el 11 de junio de 1928 y lo dejó caer en Caracas con unas estadías en Maracaibo y en Mérida; y luego en viajes que lo llevaron a encuentros y congresos de escritores en otras ciudades y países sin perder la fuerza de un humor que nunca dejó de aceitar cuidadosamente con el que disparaba textos mordaces e irónicos que ponían al descubierto las astucias y escondrijos de la picaresca nacional.

Estoy seguro de que si insisto en buscar ese raro silencio y el vivo resplandor que Salvador Garmendia logró descubrir en la palabra escrita, encontraré también al amigo que no pudo levantarse de su lugar de trabajo y quedó flotando, a su aire y regocijado, en los eternos espacios de su gloriosa aventura.

RODOLFO IZAGUIRRE
CRÍTICO DE CINE

Salvador Garmendia en los espacios de una gloriosa aventura